

una sátira salvaje y gozosa, tan extraña y auténtica como la
licantropía inducida por la luz de la luna.

Moonhop



Ahí estaba yo, secuestrado a la fuerza, por nada menos que no era del todo hombre, ni del todo lobo, y completamente entregado a auillar contra la tiranía ordenada de la lógica, metamorfosado en una existencia deliciosamente libre de pensamiento lógico o crítico.Es un estado noble, en realidad, esta suspensión poética de la incredulidad: el sacramento sagrado para quienes, como nosotros los escritores, estamos hechizados por el llamado salvaje de la narrativa. No hay espacio para el pensamiento crítico en ese territorio.Solo pura fe narrativa, sangrando por las garras del Lobo de la Escritura, una musa lunática que aulla ante un mundo que dejó de tener sentido hace tiempo.

Y así fue que, a la hora absurda del lobo, bajo la mirada burlona de la luna en la grieta fea del amanecer, el 19 de mayo de 2025, una pregunta ridícula pero convincente brotó en mi mente delirante: ¿exactamente cuánto tiempo tomaría brincar alrededor de toda la superficie lunar? ¿Y cuán elegantemente podría encajar un héroe renuente en semejante disparate?Lancé la pregunta a una IA todopoderosa con un tono que sonaba demasiado a sonrisas; las matemáticas eran sospechosamente creíbles. Salto lunar promedio: seis metros. ¿Propulsores? El doble: doce. Treinta y ocho paradas para descansar. Las cuentas eran sólidas. ¿La verdad? Desquiciada, pero real.

Es durante estas sesiones con caféina y cannabís que trazo y creo el ritmo, subiendo la palanca del impulso a once, o quizás doce, como recomienda mi maravillosa y exasperada psicoanalista, una

mujer que hace mucho creyó que había esperanza de curar mi tendencia a los extremos.Tenia dos semanas ininterrumpidas de soledad para terminar el viaje del héroe. Las reuniones de planificación tipo “sprint” comienzan alrededor de las cinco — más o menos una hora, porque el tiempo, al igual que las transformaciones de hombre lobo, es notoriamente poco confiable. Mis sesiones rituales de escritura comenzaban en la penumbra del amanecer a las cinco en punto, o quizá a eso de las cinco y media, en una silla de camping sobre el balcón, encaramado como un hacker callejero o profeta desaliñado, hackeando un cuaderno equilibrado en mis rodillas como si fuera un altar demente.Impermeable cerrado hasta el cuello, capucha arriba como un hacker fugitivo. El viento siempre es filoso. Corta hasta los huesos. Una mano en una lata de bebida energética con sabor a ácido de batería. La otra, medio comprometida con un porro. Nervios quemados y caféina, las dos serpientes sagradas del progreso.

Este es el foso del trazado narrativo. El infierno de la estructura de beats.Mientras tanto, llegó un nuevo sofá. Un bastardo elegante, equipado con uno de esos gloriosamente innecesarios sistemas eléctricos de reclinación.

El momento justo antes del salto. Y necesitaba empujar a mi héroe fuera del sofá —más que empujarlo, darle una maldita patada cósmica.Una novela corta, como un reloj en llamas. Un arrastre lento hacia el baño de sangre.

Mi sátira se profundizaba, girando en una crítica salvaje a la política, la sociedad y la tecnología.Y, sin embargo, curiosamente, nunca llegó a sentirse como ciencia ficción, sino más bien como